

## Culip IV: consideraciones sobre la comercialización de la *terra sigillata* de la Graufesenque

J. Nieto

No deja de ser sorprendente que durante el siglo I d. C. un tipo cerámico fabricado a más de cien kilómetros del mar, en una zona geográfica muy concreta y reducida, en Millau, de la que la Graufesenque es su parte más conocida, entre montañas de no fácil acceso, a no ser gracias a la construcción de una importante calzada, se difunda por todo el Imperio romano, desde Asia Menor a Portugal y desde Marruecos a Inglaterra, y lo haga de tal manera y en tan grandes cantidades, que domine el mercado de modo lo suficientemente generalizado como para convertirse en el fósil director de las excavaciones arqueológicas que afectan a niveles del siglo I d. C. El porqué alcanzó esta enorme difusión y cuál es el proceso comercial que lo hizo posible son los objetivos de este trabajo, ya que la tradicional explicación de que las causas hay que buscarlas en un cambio de la moda y del gusto de la clientela no nos parece convincente.

Este fenómeno de exportación de la *terra sigillata* sudgálica, y en concreto de la producida en el área de la Graufesenque, constituye un hecho económico y social relevante y básico para el conocimiento de la historia de su época y del que todavía hoy, en algunos aspectos, carecemos de demasiada información, y en otros el avance de la investigación nos hace ver algunas conclusiones, aceptadas como ciertas e inmutables, faltas de una revisión y un estudio más detallado.

Creemos que una de las causas de la situación actual se debe a que los magníficos trabajos de investigación realizados por Dechelette, Oswald, Dragendorff, Hermet, Knorr y muchos otros arqueólogos de principios y segundo cuarto de nuestro siglo<sup>1</sup> son

1. H. DRAGENDORFF, «Terra Sigillata, ein Beitrag zur Geschichte der griechischen und römischen Keramik», *Bonner Jahrbücher*, 96 (1985), p. 18-155; J. DECHELETTE, *Les vases ornées de la Gaule romaine*, París, 1904; R. KNORR, *Töpfer und Fabriken verzierter Terra Sigillata des ersten Jahrhunderts*, 1919; F. OSWALD,

de tal envergadura y apabullante acumulación de información, que casi no permiten otra cosa que su aceptación y utilización; esto ha conducido a buena parte de la investigación posterior bajo los mismos planteamientos, y ha creado un círculo del que es difícil de salir y sobre todo si no poseemos nuevos datos de una calidad tal que permitan plantear nuevas hipótesis con una base documental sólida.

La fortuna del descubrimiento del yacimiento Culip IV, un barco hundido en época de Vespasiano, cuando transportaba un cargamento en el que la parte más importante cuantitativamente era *terra sigillata* de la Graufesenque, nos aporta una abundante información nueva que se beneficia de las características de un yacimiento arqueológico tipo barco.

La excavación de Culip IV ha puesto de manifiesto que entre los aproximadamente setecientos vasos decorados procedentes de este yacimiento y pertenecientes a las formas Drag. 29 y Drag. 37 no existen, de momento, dos iguales, es decir (y esto es lo que conviene resaltar), no existen dos vasos procedentes del mismo molde. Tras analizar esta circunstancia, hemos publicado<sup>2</sup> que este hecho se debe a razones técnicas de fabricación, que obedecen a un determinado modo de organización social del trabajo en la Graufesenque, que hemos llamado de mancomunidad.

Creemos que es conveniente analizar el cuadro 1; en él se han reunido todas las formas de *terra sigillata* lisa fabricadas en la Graufesenque que presentan una superficie apta para llevar un *sigillum* y se exponen divididas en dos grandes grupos: arriba, las que no llevan *sigillum*, a pesar de presentar un fondo interno que lo permite y abajo, las formas que aparecen normalmente con la marca del alfarero. El cuadro se completa con una serie de asteriscos que marcan el momento de inicio de fabricación de cada una de las formas. Resulta interesante comprobar cómo todas las formas que inician su producción en la Graufesenque a partir del año cuarenta no llevan nunca *sigillum*, mientras que las que tienen su inicio de producción anterior al año cuarenta aparecen todas sigiladas, y sabemos además que las formas que inicialmente llevaron *sigillum* siguen llevándolo hasta el final de su producción. Así, en Culip IV, un yacimiento datable en las proximidades del año 75, las formas 24/25, 15/17, 18 y 27, de la clasificación de Dragendorff, aparecen siempre con *sigillum*, mientras que las Drag. 35 y Drag. 36 no lo llevan nunca, tal como es habitual en el resto de los yacimientos terrestres.

Creemos que esta innovación que detectamos en la Graufesenque a partir de los inicios de la década de los años cuarenta tiene importancia tanto por su propia existencia, como porque es una práctica generalizada en ese centro productor y porque aparece de forma bastante súbita. Consideramos que este hecho indica claramente la existencia a partir de los inicios de la década de los años cuarenta de una organización minuciosa, aceptada de forma general por los alfareros y lo suficientemente poderosa como para

---

*Index of potters' stamps on Terra Sigillata (Samian ware)*, Londres, 1931; F. HERMET, *La Graufesenque. Condatomago, I, vases sigillés, II, grafittes*, París, 1934.

2. F. NIETO, «El pecio Culip IV: Observaciones sobre la organización de los talleres de *Terra Sigillata* de la Graufesenque», *Archaeonautica*, 6 (1987).

CUADRO 1. Formas lisas fabricadas en la Graufesenque, con indicación del momento del inicio de su producción. Puede observarse que, sistemáticamente, todas las formas que comienzan a fabricarse después del año 40 carecen de *sigillum*.

Año		0	20	40	60	80	100	120
Sin <i>sigillum</i>	Herm. 2/12			*				
	Drag. 4/22			*				
	Drag. 35			*	*			
	Drag. 36			*	*			
	Ritt. 14			*				
	Herm. 8			*			*	
	Ritt. 12			*				
	Curle 11			*	*			
	Herm. 25			*		*		
	Herm. 23			*	*			
	Herm. 24			*		*		
	Herm. 19			*				*
	Herm. 33			*			*	
.....								
Con <i>sigillum</i>	Drag. 19	*						
	Drag. 17a	*						
	Drag. 17b		*					
	Drag. 2/21		*					
	Drag. 15	*						
	Drag. 15/17			*				
	Drag. 16			*				
	Ritt. 1		*					
	Drag. 18/31			*				
	Halt. 7	*						
	Ritt. 5	*						
	Ritt. 9		*					
	Drag. 24/25	*						
	Drag. 27	*						
	Drag. 33		*					
	Ritt. 8			*				

conseguir que los artesanos sólo estampillen aquellas formas cerámicas ya inventadas con anterioridad y no pongan *sigillum* en las formas que se inventen a partir de ese momento. A esta norma de actuación impuesta por la mancomunidad, debieron de acompañarla otras que de momento no son tan detectables arqueológicamente.

Podríamos pensar que esta situación se produce por la acción de un grupo económico, quizás *negotiatores*, que controla y dirige la producción, pero no parece deducirse así de la contemplación del gráfico del cuadro 2, que recoge la frecuencia de aparición de alfareros en la Graufesenque expresada en tantos por cientos y distribuidos por emperadores, y en el que se observa, precisamente durante la década de los cuarenta, un incremento espectacular en el número de alfareros que trabajan en los talleres y detectables a partir de la existencia de nuevos *sigilla*. No parece muy compatible el hecho de que surja un grupo económico fuerte que controle y unifique la producción con que, al mismo tiempo, se cuadruplica el porcentaje de *sigilla* conocidos, es decir, el número de alfareros que firman individualmente su producción. Estos datos, con el ya apuntado de que los organizadores y controladores de la producción mancomunada, los *flamines* y los *casidani*,<sup>3</sup> eran a su vez alfareros, nos inclinan a pensar que la mancomunidad es una creación libre de los propios alfareros.

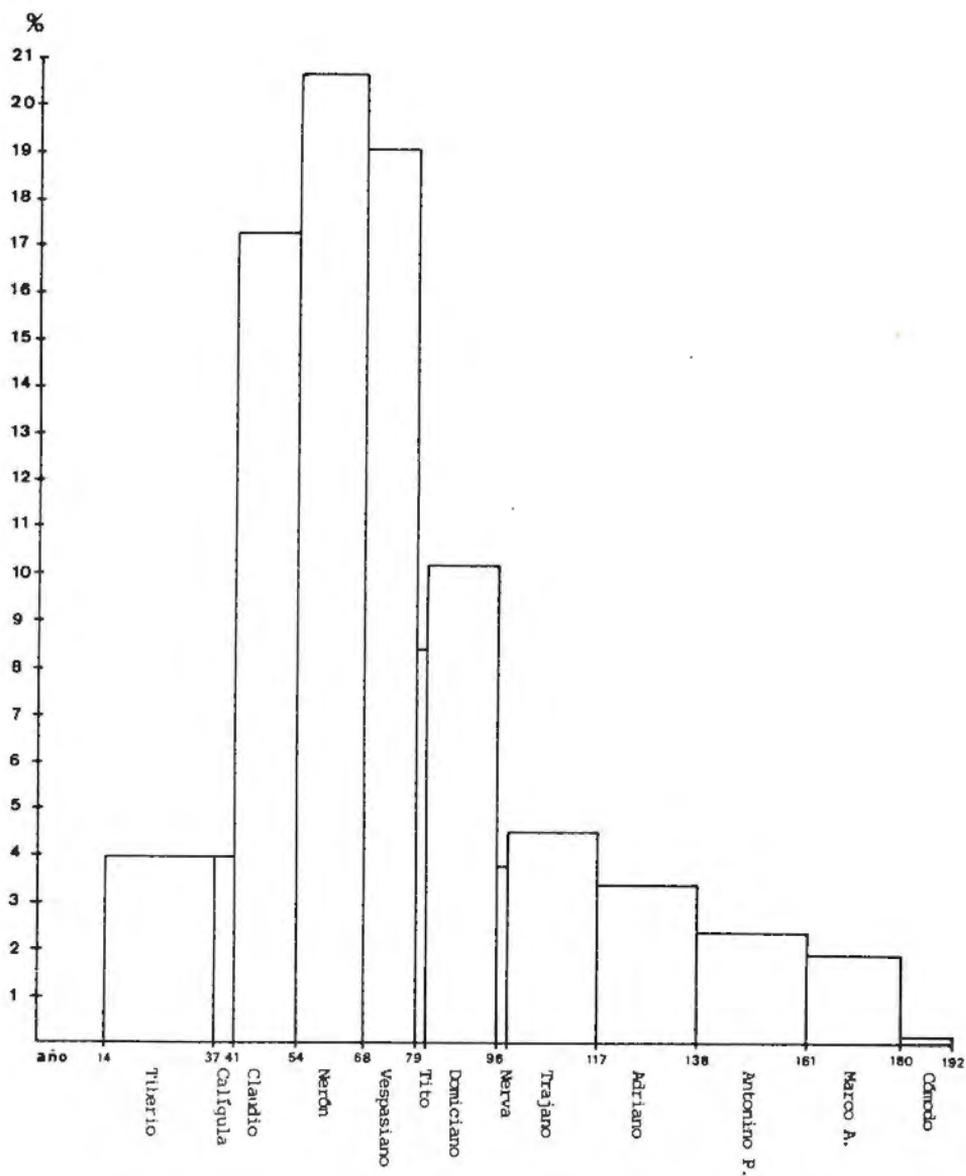
Se dan, por lo tanto, a partir, aproximadamente, del año cuarenta, tres hechos simultáneos: invención de formas nuevas; abandono sistemático de la utilización de *sigillum* en las formas nuevas, aunque se sigue utilizando en las ya existentes; incremento importante en la Graufesenque, de un 3,97 % a un 17,30 %, del número de alfareros nuevos detectables por sus *sigilla*. Ya hemos expuesto en otro trabajo<sup>4</sup> que creemos que todos estos hechos son prueba de una importante innovación en la organización social del trabajo y que se materializa en la existencia de una mancomunidad de alfareros.

¿Por qué las formas antiguas siguen llevando *sigillum*? Esto es algo que desconocemos. Quizás se deba a algo tan simple como que la marca forma parte consustancial del objeto y el cliente está habituado al vaso con todos sus componentes. Quizás se deba a razones mucho más profundas y relacionadas con la organización y el reparto del trabajo en la Graufesenque. Es posible que el hecho de que todas las páteras Drag. 15/17 que hemos hallado hasta el momento en Culip IV lleven el mismo *sigillum* esté relacionado con este problema. Podría pensarse también que las piezas no estampilladas son la producción de un hipotético grupo económico que controla la producción de la Graufesenque, pero no parece deducirse así del hecho de que en Culip IV las piezas lisas no estampilladas son escasísimas, no llegan al 2 %, lo que indicaría que la incidencia económica de ese grupo es insignificante en el momento de la venta, lo cual no tiene sentido en un negocio.

De la observación del cuadro 2 puede obtenerse una confirmación de los conocimientos ya existentes sobre la cerámica de la Graufesenque: período de máxima activi-

3. R. MARICHAL, «Nouveaux graffites de la Graufesenque. IV», *Revue des Études Anciennes* LXXVI, 3-4 (1974), p. 272.

4. J. NIETO, «El pecio Culip IV [...]», *op. cit.* núm. 2.



CUADRO 2. Distribución porcentual de los alfareros que trabajaron en la Graufesenque

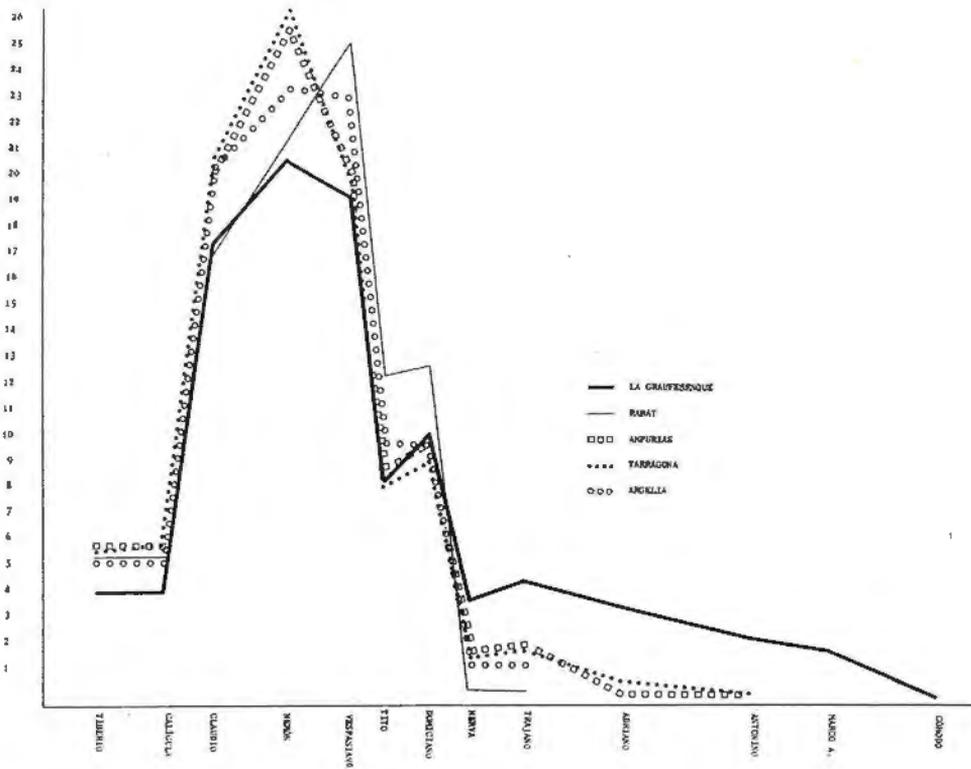
dad en la mitad del siglo I; un inicio de la decadencia en época de Vespasiano, momento en que la calidad de los productos fabricados en la Graufesenque desciende considerablemente, como consecuencia de una gran producción y quizás también del tipo de organización del trabajo. A partir de Trajano el gráfico desciende irremisiblemente e indica un menor porcentaje en la existencia de alfareros que firman sus piezas.

Hay un dato en el cuadro 2 que creemos significativo. Se trata del brusco salto de porcentajes entre la época de Tiberio y la de Claudio. Creo que no es una curva normal en un proceso de oferta y demanda relacionadas, en cuyo caso las variaciones serían más suaves, tal y como ocurre en este mismo cuadro durante la fase de descenso a partir de Trajano. En la curva de porcentajes entre Tiberio y Claudio debe de existir un elemento potenciador, extraño al crecimiento normal y progresivo de la oferta. En efecto, durante el reinado de Claudio, entre los años 41 y 54, se produce, como ya hemos visto, la creación de la mancomunidad de los alfareros de la Graufesenque y esto parece indicarnos que el incremento importante, la cuadruplicación, del porcentaje de alfareros que ponen su *sigillum* es una de las iniciativas llevadas a cabo por la mancomunidad, como lo es también la construcción de grandes hornos capaces para más de treinta mil vasos<sup>5</sup> simultáneamente, y todo ello persigue un fin, que es el aumento considerable de la producción.

Parece, por lo tanto, que, a partir del cuarenta, el centro productor se organiza y aumenta espectacularmente la oferta, lo cual sin duda debió de producir una mayor difusión y popularización del producto, circunstancia que condiciona las conclusiones de los estudios arqueológicos que efectuemos en los lugares de consumo, ya que aun en iguales condiciones histórico-económicas del grupo consumidor, antes y después de la creación de la mancomunidad, la presencia de restos arqueológicos fabricados en la Graufesenque será mayor a partir de los años cuarenta, y su uso más generalizado.

Este importante y brusco aumento de la producción debió de modificar sensiblemente la relación anterior entre la oferta y la demanda, pero ¿cómo evolucionó el consumo ante esta nueva situación? Creemos que la oferta debió de condicionar poderosamente al consumo, lo cual en un principio puede parecer extraño, pero así parece desprenderse del cuadro 3, donde se ha representado el porcentaje de alfareros de la Graufesenque conocidos en cuatro centros de consumo: Ampurias, Tarragona, Rabat y Argelia, los cuales pueden compararse con el gráfico de la evolución del centro de producción, la Graufesenque. Entonces observamos cómo zonas geográficas tan distantes y con una evolución histórica diferente como son Cataluña (ejemplificada con los casos de Ampurias y Tarragona), próxima al centro productor, y África del noreste y noroeste (ejemplificadas con Argelia y Marruecos), presentan unos diagramas de porcentajes de aparición de *sigilla* prácticamente idénticos, pero manteniendo cada zona minúsculas diferencias condicionadas por su situación particular: es de destacar cómo los porcentajes para Cataluña son ligeramente superiores en el inicio del diagrama (véase también el cuadro 4), quizás como consecuencia de su proximidad al centro productor,

5. A. VERNHET, «Un four de la Graufesenque (Aveyron): la cuisson des vases sigillés», *Gallia*, 39 (1981), p. 41 y ss.



CUADRO 3. Frecuencia de aparición de los alfareros de la Graufesenque en cuatro centros de consumo: Ampurias, Tarragona, Rabat y Argelia. Pueden compararse estas gráficas entre sí y con la del centro de producción: la Graufesenque.

lo cual, sin duda, facilita el contacto comercial. Es significativo que de Domiciano a Nerva las cuatro zonas estudiadas desciendan muy sensiblemente en sus porcentajes, pero las que más descienden son Rabat y Argelia, que pasan de ocupar los puntos más altos de la curva, en época de Vespasiano, a los más bajos.

Mucho más patente es la influencia de la producción sobre el consumo; si analizamos por separado las zonas con particularidades propias más similares, comprobaremos cómo las dos gráficas africanas son prácticamente idénticas, incluso en el retraso, con respecto a las gráficas hispanas, en la fecha de inicio de la decadencia de las importaciones sudgálicas. Igualmente son idénticas las gráficas de Tarragona y Ampurias, lo cual es sorprendente y al mismo tiempo demostrativo de lo poderosamente que influyó el centro de producción en el de consumo, ya que ambas ciudades viven en el siglo I una evolución histórica opuesta, la primera hacia la expansión y la segunda en decadencia.

CUADRO 4. Datos a partir de los que se han confeccionado las gráficas de los cuadros 2 y 3

	Tiberio	Calígula	Claudio	Nerón	Vespasiano	Tito	Domiciano	Nerva	Trajano	Adriano	Antonino P.	Marco A.	Cómodo
Graufesenque	3,97	3,97	17,30	20,70	19,14	8,36	10,21	3,82	4,53	3,40	2,41	1,98	0,14
Ampurias	5,69	5,69	20,22	25,64	19,94	8,83	9,68	1,70	1,99	0,28	0,28		
Tarragona	5,53	5,86	20,84	26,38	19,54	8,14	9,12	1,62	1,95	0,65	0,32		
Rabat	5,26	5,26	16,91	21,42	25,18	12,40	12,78	0,37	0,31				
Argelia	5,16	5,16	20,65	23,47	23,00	9,85	9,85	1,40	1,40				

Si es válido y aceptamos el razonamiento que venimos exponiendo de que la distribución porcentual de *sigilla* en un lugar de hábitat no depende básicamente de su situación histórico-económica, sino que viene condicionada esencialmente por el modo de organización y el desarrollo del centro productor, hemos de coincidir en que el brusco descenso de la gráfica de la Graufesenque, en época de Tito y Domiciano, también se debe a causas originarias del centro de producción y no del lugar de consumo, lo que supone aceptar que entre los años 81 y 96, cuando la *terra sigillata* africana está en expansión, no existe una presión de la cerámica africana por conquistar el mercado, sino que lo que se está produciendo es un abandono del mercado por parte de la *terra sigillata* sudgálica y lo que hará la cerámica africana será llenar un hueco dejado por las cerámicas galas. Quizás el hecho de que el inicio del descenso de la gráfica de la Graufesenque se produzca en época de Vespasiano, inmediatamente antes de la expansión de las claras, vendría a ser una prueba en pro de esta hipótesis.

Puede parecer extraña la idea de que sea el centro productor el que condicione el consumo, es decir que la producción inunde el mercado y éste lo absorba. Hay que tener presente que la diversidad de productos y la competencia en el mercado durante el siglo I d. C. no son comparables a las de la sociedad actual, pero sobre todo hay que tener muy en cuenta las particularidades y los condicionantes del transporte naval.

En un barco, hemos distinguido entre cargamento principal y cargamento secundario y hemos establecido<sup>6</sup> la diferencia entre ambos en virtud de que el primero es el que motiva el viaje de la nave, es decir, del que se carga la mayor cantidad posible. Sin embargo, sabemos que por la forma de las ánforas y por el modo en que éstas se distribuían en el interior de la bodega,<sup>7</sup> cuando ya no cabían más ánforas en el barco, todavía que-

6. J. NIETO, «El pecio Culip IV [...]», *op. cit.* núm. 2.

7. A. TCHERNIA, P. POMPEY y A. HESNARD, *L'épave romaine de la Madrague de Giens (Var)*, París, 1978, p. 21-27.

daba mucho espacio libre, entre los pivotes, entre los cuellos, en aquellas partes del barco que por la forma curva del casco no permitían colocar grandes objetos y, sobre todo, en el espacio entre la capa superior de ánforas y la cubierta, que no era posible ocupar con ánforas, pero sí con objetos de pequeño tamaño, los cuales, por lo tanto, no encarecían el coste del transporte, pero sí que aumentaban, con su venta, el beneficio total del viaje. Esto es lo que hemos denominado cargamento secundario.

Por poner un ejemplo, podemos decir que un barco de la *annonna* cumplía su misión transportando ánforas que contuvieran aceite, pero podía incrementar considerablemente los beneficios si en los numerosos espacios que las ánforas dejaban libres entre ellas, dada su forma y la del barco, se colocaba otro producto de poco tamaño y peso, y fácil venta.

Será, por lo tanto, el mercader del barco el mayor interesado en completar la capacidad de la nave, con lo que indirectamente potenciará la producción de otros productos originarios de la zona de embarque del cargamento principal y posibilitará su difusión. Creemos que la cerámica de mesa, al no ser un producto perecedero, sino de uso cotidiano y frágil y del que existe siempre una demanda, y al ser fácilmente apilable (por lo que en el momento del transporte muchos vasos ocupan poco espacio), y constituir un cargamento de relativo poco peso, etc., reúne las condiciones idóneas para ser un buen cargamento secundario.

Sin duda, esta no es la única razón, pero sí que puede ser una de las importantes para entender, sin tener que recurrir a la tradicional y débil explicación del cambio de gusto de la clientela y de las modas, la sucesión de los grandes tipos de cerámica existente en el mundo romano.

Creemos que la cerámica campaniense se difunde gracias a viajar como cargamento secundario en las naves de transporte de vino en la época en que el eje comercial importante del Mediterráneo partía de Italia.

En el momento en que la conquista de las Galias, la creación del *limes*, la explotación de los recursos de *Gallia* e *Hispania* crean un eje comercial sur-norte, diferente al de la época republicana, en el que la *Gallia* juega un papel importante como centro exportador y como lugar de paso de rutas navales, se producen las imitaciones de *terra sigillata* aretina en Lyon y se difunde la *terra sigillata* sudgálica más tarde.

El auge del norte de África como centro productor va a generar una importante navegación en sus puertos que facilitará la masiva exportación de la *sigillata* africana a todo el Mediterráneo, como cargamento secundario.

Es decir, y ésta es la hipótesis que presentamos: la causa fundamental de la implantación en el mercado de un tipo cerámico no está en función de sus características propias, ni de la moda, ni de la demanda del mercado, sino en función de la intensidad del tráfico naval, el cual vendrá condicionado por las exportaciones de productos básicos que forman el cargamento principal de las naves. Por lo tanto, el consumo de cerámicas de mesa se amolda a la oferta en el mercado y descenderá conforme disminuya la exportación de productos básicos de la zona de producción.

Estas consideraciones sitúan el cargamento principal y el cargamento secundario de una nave en dos niveles económicos totalmente diferentes y que hay que tener muy en

cuenta en el momento de un estudio de la economía de la antigüedad, ya que uno es la causa y el otro la consecuencia.

Podría incluso ocurrir que el cargamento principal, el que motiva la existencia del viaje y para cuyo transporte se dispuso la nave, origine un beneficio al dueño de la mercancía, mientras que el cargamento secundario solamente origine un beneficio al transportista, en el caso de que el propietario de la nave y del cargamento sean diferentes. Esto podría ser especialmente significativo e importante económicamente en el caso del transporte por cuenta del Estado, donde la obligatoriedad de transportar la *annona* atañe sólo al cargamento principal, y el transportista obtiene un importante beneficio suplementario con la venta del cargamento secundario.

Así planteada la cuestión, la *terra sigillata* de la Graufesenque no es más que un subproducto dentro de una operación económica importante y principal, y lo que hacen los alfareros es aprovechar una coyuntura favorable para aumentar considerablemente su producción.

En otro orden de cosas, no hay que olvidar que el recorrido comercial de una nave, entre dos puertos, consta generalmente de un viaje de ida y otro de vuelta, es decir, que una nave africana que exportara productos a la Narbonense saldría de África con productos africanos que descargaría en un puerto galo y el viaje de regreso no lo haría de vacío, sino con productos galos. Aquí podría estar la explicación de la diferencia, en el cuadro 3, de las dos gráficas africanas con respecto a las de Ampurias y Tarragona, en los porcentajes correspondientes a la época de Vespasiano. Observamos que el brusco descenso de las gráficas de Ampurias y de Tarragona se da después de Nerón, mientras que el mismo fenómeno ocurre en las dos gráficas africanas después de Vespasiano. Creemos que lo que reflejan las gráficas de las zonas africanas es lo que ya sabemos por otros trabajos de investigación, el auge económico del norte de África con el consecuente incremento de las exportaciones y, por lo tanto, de la navegación. Esto intensificará los contactos comerciales africanos con el resto de los puertos mediterráneos, entre sí y de forma especial, dada todavía su importancia económica, con los de la Narbonense. Estos contactos posibilitan, en un primer momento, en época de Vespasiano, una mayor arribada de cerámica de la Graufesenque al norte de África, pero, durante los mismos años, el aprovisionamiento de los puertos mediterráneos por naves africanas hará descender, en ellos, la arribada de barcos narbonenses y, por lo tanto, su cargamento secundario de *terra sigillata* sudgálica. Esto se refleja, en el cuadro 3, en un brusco descenso en las gráficas de Ampurias y de Tarragona, y también en un descenso de la Graufesenque, aunque menos acentuado, ya que la producción se mantiene gracias a que sigue existiendo, y ahora incrementado, el contacto naval entre África y la Narbonense, debido a las exportaciones del sur al norte.

Esta situación será momentánea, ya que durará sólo el tiempo que África tarde en organizar y poner en marcha la producción de *terra sigillata* africana que constituirá el cargamento secundario de las naves que parten de sus puertos. Este retraso entre el inicio de las exportaciones de productos básicos africanos y la expansión de la *sigillata* africana a partir de los años 80 es el mismo fenómeno que se produce en la *Gallia* entre el origen de sus exportaciones de forma importante y la utilización de la *terra sigillata* sudgálica

como cargamento secundario. Los datos del cuadro 4 y su reflejo en la gráfica del cuadro 3 marcan con el descenso de la época de Domiciano ese momento de transición en el que el comercio africano ya está afianzado, pero no ha alcanzado su mayor nivel. A partir de Nerva y Trajano, el comercio africano está consolidado y ya se ha encontrado un nuevo cargamento secundario que haga más rentable el viaje de las naves, con lo que se produce el último descenso brusco de las gráficas.

Existe, por lo tanto, entre las exportaciones de la *sigillata* africana y la gálica, una relación inversa, condicionada por el papel económico jugado por sus respectivas áreas de producción; y es interesante comprobarlo así, siguiendo las conclusiones de Carandini para la difusión de la *terra sigillata* africana, cuando dice que las primerísimas importaciones en Italia se detectan, como las de otros productos africanos, a partir de la época flavia, pero la «primera importante, aunque limitada difusión comienza en época domicianiana (como han demostrado las estratigrafías ostienses de las Termas del Nuotatore). Con Trajano y Adriano las importaciones se intensifican, pero en Italia no llegan todavía a superar las producciones lisas itálica y gálica.»<sup>8</sup>

Una situación similar debe de producirse en la Bética con el aceite y la cerámica de paredes finas y, de hecho, en Culip IV el cargamento cuantitativamente más importante después de la *sigillata* es el formado por ánforas Dressel 20 y por paredes finas béticas, y es curioso observar cómo en esta nave de redistribución siguen apareciendo asociados los dos productos.

Es necesario recalcar que las ideas expuestas anteriormente sólo dibujan un marco general que es necesario matizar y que lógicamente no es válido más que para el comercio y el tráfico naval a gran escala, ya que, por ejemplo, el comercio de redistribución tiene unos planteamientos y unas consecuencias económicas totalmente diferentes.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA METODOLOGÍA DE TRABAJO UTILIZADA

Hemos de comenzar haciendo la aclaración de que en este trabajo no pretendemos, esencialmente, ofrecer unas conclusiones, sino más bien presentar públicamente unas hipótesis que puedan ser recogidas por otros investigadores, con lo cual aumente el volumen de la documentación disponible y pueda comprobarse la validez o no de las ideas que estamos exponiendo. Y esto lo hacemos así porque creemos que la información de que actualmente disponemos, referente al tema de este trabajo, es sumamente escasa en unos casos y no excesivamente fiable en otros.

Si intentamos basarnos en los *sigilla*, comprobaremos que el único repertorio extenso con indicaciones cronológicas sigue siendo el magnífico Índice de Oswald publicado en 1931, el cual es válido, pero requiere una revisión.

8. A. CARANDINI, «Cerámica Africana», *Atlante delle forme ceramiche* [Roma], 1(1981), p. 13.

Si intentamos basarnos en el análisis de las decoraciones, Culip IV nos hace ser, de momento, cuando el estudio de los materiales no está acabado, prudentes ante las cronologías generalmente aceptadas, debido a que creemos en la gran pervivencia de un molde y en su reutilización.

En contra de la idea generalmente extendida de que la decoración impresa en un molde se desgasta y deteriora rápidamente con el uso, y obliga a retirar el molde y a fabricar uno nuevo, la observación de moldes en la Graufesenque nos indica que esto, en general, no ocurre y que todavía hoy pueden obtenerse de la mayoría de los moldes improntas perfectas. ¿Cómo podríamos clasificar cronológicamente, con los medios habituales en arqueología, dos vasos procedentes del mismo molde y fabricados con veinte o treinta años de diferencia? En Culip IV, datado hacia el año 75, existen formas Drag. 37 que, al igual que ocurre con su antecesora la Drag. 29, llevan el pie incluido en el molde, lo cual sabemos que es una práctica que se da en los primeros momentos de producción de la nueva forma hacia el año 60. Se trata, por lo tanto, de moldes que llevaban unos quince años utilizándose, es decir, fabricando vasos iguales y de los que no podremos saber, por sí mismos, en qué momento de la utilización del molde se produjeron.

Por otra parte, en la época de auge de la producción de la Graufesenque y por consideraciones de orden técnico y económico, ya expuestas, sería normal que se utilizaran todos los moldes disponibles y más si, como ocurre en la época de Vespasiano, no existe una gran preocupación por la calidad del producto acabado. De hecho, en Culip IV existe parte de un vaso que creemos que podría proceder de un molde roto y posteriormente recompuesto, ya que la pieza acabada presenta una clara línea que recorre el fragmento y que podría ser la impronta dejada por la línea de fractura existente en el molde. Si se utilizan moldes rotos o defectuosos, es difícil mantener que no se utilizaron moldes en buen estado fabricados diez, veinte o treinta años antes.

De la información disponible hemos creído que la que nos ofrecía mayor margen de seguridad era la proporcionada por los *sigilla* y con la ventaja de que, gracias al trabajo de Oswald, disponemos de un importante volumen de datos. Con esta información no podemos hacer un estudio exhaustivo de la *terra sigillata* de la Graufesenque, entre otras razones porque la fuente de información es parcial, al abarcar sólo un aspecto de la producción, pero sí creemos que la información disponible puede ser válida, con carácter de muestreo, para indicarnos unas líneas generales y sugerirnos unas hipótesis que nos marquen unas vías de investigación, y sólo esto es lo que pretendemos.

Antes de utilizar los *sigilla* hay que tener en cuenta algunas peculiaridades:

1. Ya hemos dicho que a partir de los años cuarenta las formas nuevas no llevan *sigilla*, por lo que en los gráficos realizados no se contempla la incidencia de la cerámica no estampillada. De todas formas, es sorprendente, por lo tanto, que el gráfico represente con bastante exactitud la evolución que conocemos de la totalidad de la producción de la Graufesenque, lo cual sin duda viene a indicarnos la gran perduración de las formas anteriores al 40 y, al mismo tiempo, que las apreciaciones realizadas con los *sigilla* pueden servirnos de punto de referencia para la evolución general de la Graufesenque.

2. Las gráficas reflejan algunos fallos de la investigación y de la información disponible. Nos referimos en concreto a los descensos en las curvas que aparecen en época de Tito y de Nerva.

Creemos que estos descensos se deben al modo como Oswald expuso la cronología de los diversos *sigilla*. Se hizo por emperadores, no por años, pero en la realidad el surgimiento y la desaparición de un *sigillum* se producen en un año concreto que no tiene por qué coincidir con el inicio o el fin del reinado de un emperador. Esto produce, por un lado, que las conclusiones que podamos obtener no sean excesivamente precisas cronológicamente y, por otro, que, teniendo en cuenta la corta duración de los mandatos de Tito y Nerva, sus reinados no se utilizaran como referencia del momento de aparición o desaparición de un *sigillum*, sino que se utilizó el período más dilatado que es el correspondiente al emperador anterior o posterior. Este hecho, sin duda, hace descender los porcentajes de Nerva y Tito y ascender los de los períodos inmediatamente anterior y posterior. Esta circunstancia debe darse también en el período de Calígula, pero de forma menos marcada, debido a su situación en el inicio de la producción, por lo que sólo faltarán por acumular a la gráfica los alfareros que comienzan en ese momento y que aparecerán sumados al período de Claudio, ya que los que desaparecen en ese momento inicial de la producción y que figuran acumulados a Tiberio deben de ser escasos y prácticamente irrelevantes porcentualmente.

Al confeccionar la gráfica y a tenor de los razonamientos que acabamos de hacer, podríamos haber optado por suprimir los porcentajes que creemos erróneos, pero hemos creído más conveniente presentarla, sin interpretaciones, según la información que poseemos. Esto tiene la ventaja de poner de manifiesto las lagunas de la investigación y nos sirve para afirmar otra vez que estas gráficas que presentamos no pueden tomarse como verdades absolutas y ciertas en todos sus detalles, sino únicamente como una visión general de la situación, sin pormenores, y cuya única finalidad es, tras una interpretación a la luz de los conocimientos generales que poseemos sobre la Graufesenque, servir de ayuda para elaborar unas hipótesis que requerirán una posterior comprobación.

Las gráficas son el reflejo de los datos contenidos en el cuadro 4, el cual es el resumen de otros varios obtenidos del modo siguiente:

A partir del catálogo de alfareros que trabajaron en la Graufesenque y elaborado por Vernhet,<sup>9</sup> hemos localizado su presencia en cuatro colecciones que presentaban un número suficiente de *sigilla*. Para poder salvar el problema que representaba el diferente modo de publicar de cada autor y las diferencias que esto produciría en la estadística, hemos renunciado, en el momento del cómputo, a las diferentes grafías bajo las que aparece un mismo nombre, para reducirlos todos al nominativo y poder contabilizar una sola vez cada alfarero. Esto nos ha proporcionado un total de ciento cinco nombres de alfareros de la Graufesenque en la publicación consultada sobre Tarragona,<sup>10</sup> setenta y cuatro

9. A. VERNHET, *Notes sur la Terra Sigillée de la Graufesenque*, (edición mecanografiada), Millau, 1975, p. 4-6.

10. F. OSWALD, *Index of potters' stamps [...]*, op. cit. núm. 1.

en Argelia,<sup>11</sup> ciento veintitrés en Ampurias<sup>12</sup> y ochenta y cuatro en Rabat.<sup>13</sup> El número total de alfareros que trabajaron en la Graufesenque, según la publicación consultada,<sup>14</sup> es de trescientos sesenta y cinco.

Estos números de nombres de alfareros, estudiados en conjunto, sólo nos indican que la información de que disponemos de cada zona es desigual, pero no deja de ser significativo que el número de nombres de alfareros conocidos en la Graufesenque hasta el año 1975, fecha de la publicación de la obra de Vernhet de la que se ha extraído el dato, sea de trescientos sesenta y cinco, el cual está extremadamente cerca de los ciento veintitrés y de los ciento cinco de Ampurias y Tarragona, si tenemos en cuenta que el cómputo para esas ciudades se ha efectuado partiendo de los datos de la obra de Oswald publicada en 1931, es decir, cuarenta y cuatro años antes, durante los que los hallazgos arqueológicos en Ampurias y Tarragona se han incrementado considerablemente y con ellos, presumiblemente, el número de alfareros de la Graufesenque localizados en estos yacimientos.

Con los nombres de los alfareros de cada yacimiento se confeccionó un cuadro, en el que en la primera columna se situaron solamente aquéllos que por medio del catálogo de Vernhet tenemos la seguridad de que pertenecen a la Graufesenque y a su lado tantas columnas como emperadores. Acto seguido, siguiendo la cronología propuesta por Oswald, se marcó en las columnas de los emperadores el período de producción de cada alfarero. A continuación, se sumaron por columnas de emperadores los alfareros que estuvieron en actividad durante cada reinado. Esta explicación la efectuamos para poner de manifiesto que, dado que la mayoría de los alfareros fabricaron, según Oswald, bajo diferentes emperadores, un mismo alfarero figura sumado en varias columnas y más veces cuanto más dilatado fue su período de actividad. Desgraciadamente, carecemos de un estudio detallado de cada alfarero que nos indique los años exactos entre los que se desarrolló su actividad.

Dado el diferente número de datos de que disponíamos en cada publicación, hemos hallado el porcentaje de los alfareros que estuvieron en actividad bajo cada emperador, en cada yacimiento por separado, con lo cual resulta más fácil de visualizar el conjunto de las gráficas en el cuadro 3.

11. R. GUÉRY, «Les marques de potiers sur *Terra Sigillata* découvertes en Algérie. I, Sigillées Provinciales (hispanique et gallo-romaine)», *Antiquités Africaines*, 13 (1979), p. 23-97.

12. F. OSWALD, *Index of potters' stamps* [...], *op. cit.* núm. 2.

13. F. LAUBENHEIMER, «La collection de céramiques sigillées gallo-romaines estampillées du Musée de Rabat», *Antiquités Africaines*, 13 (1979), p. 99-225.

14. A. VERNHET, *Notes sur la Terra Sigillée* [...], *op. cit.* núm. 9.